

Rómulo D. Carbia

El Círculo "Akida" de Estudiantes de Historia realizó el 23 de junio se reunión mensual Durante la misma la Srta. María Cristina Domínguez, estudiante de V año pronunció las palabras que reproducimos a continuación, como homenaje a la memoria del estimado Prof. Dr. Carbia.

Hace un mes apenas nos hubiera parecido imposible hablar de nuestro profesor de Introducción a la Historia como del ausente definitivo. Nos costará pasar por el despacho de su Biblioteca, ante la puerta silenciosa y a veces tal vez creamos por un momento, lejos de la realidad, que él aún está allí, con su frente nimbada por los cabellos canos, el ceño fruncido en la actitud del estudioso, la boca prieta y el ademán fuerte.

La pérdida de un maestro siempre será motivo de dolor auténtico para los que recibieron sus enseñanzas, y con los años supieron medir su valor.

El Dr. Carbia lo fué para nosotros, maestro insuperable no le arredró nunca valla alguna ni antipatía ni respeto humano. Fué el paladín de la verdad. Era, sí, un apasionado. Pero apasionado fervoroso con la pasión de su ideal, que él iba conquistando palmo a palmo, minuto tras minuto en esa gloriosa carrera de atleta del espíritu. Pero dentro de esa forma ástera, intransigente siempre con el error, dentro sí, de aquella figura recia con aristas duras en las que se recortaba una estampa de hidalgo, el Dr. Carbia escondía un corazón de padre y de amigo. En su escritorio recibía muchas veces a sus alumnos, atendía sus consultas solucionaba muchos problemas, en derezaba torceduras, encauzaba vocaciones. Pudo parecer de severa austeridad para el que

no le conoció a fondo; sus alumnos, en cambio, sabían que él, cristiano puro, apóstol de la Verdad, no disfraza su ideas en el aula ni en el despacho, antes bien, su convicción sincera y su fe profundamente enraizada en su alma, lo inundaban como una ola inmensa en todo momento y en toda acción.

No tuvo preferencias injustas y vanas. Amaba al estudiante, lo estimulaba, lo espoleaba, lo urgía a su superación. Nadie podrá decir nunca que desdeñara a algún discípulo. Tenía también la pasión por la justicia. A tal punto llegaba ésta, que muchas veces, al comenzar una clase, traía a colación hasta un mínimo detalle que hubiera podido ser objeto de duda.

Una larga dedicación a la historia, una vida consagrada al estudio, una investigación prolija, una constancia sin intervalos caracterizan la obra del Dr. Carbia.

Vinculado a la Facultad de Filosofía y Letras por la índole de sus preferencias, se le confió la dirección de la biblioteca, la que desempeñaba desde 1915. En procura de los documentos más auténticos sobre los acontecimientos históricos, el Dr. Carbia realizó ditintos viajes a Europa, vinculándose a centros caracterizados de ese género de estudios, tanto en España como en Alemania. En la Universidad de Sevilla conquistó el primer doctora-

do que se otorgó en historia de América, mediante una tesis que sostuvo sobre "La crónica oficial de las Indias Occidentales". Acuciado por develar viejos manuscritos, que habían sido objeto de correcciones o enmendaduras, ideó un aparato a la luz del cual quedan en evidencia las mutilaciones o acotaciones a los textos originales.

En 1933 fué invitado a dictar un curso en la Universidad de Sevilla, y en esa oportunidad el Instituto de Derecho Comparado Hispano-portugués, que presidía Rafael Altamira, le confió la tarea de redactar una obra de valoración técnica historiográfica. Profesor de Introducción a la Historia en nuestra Facultad, así como en La Plata, compartió con esas cátedras sus estudios y funciones en la biblioteca. Su obra es vasta y comprende desde los temas referentes a la religión, que abordó en su juventud, con una semejanza de Monseñor Aneiros y una historia Eclesiástica del Río de la Plata, hasta los manuales de Historia Argentina para el uso de los estudiantes secundarios, y la "Nueva Historia del Descubrimiento de América". Sobre temas colombinos disertó frecuentemente e imprimió sus conferencias en muchos folletos. Pero todo eso, con ser mucho no nos da la medida de su valor sino es unida a lo que fué el centro de su existencia, la llama que purificó sus acciones y las elevó a categoría superior: su Catolicismo.

El Dr. Carbia fué otro de los maestros auténticamente cristianos que pasaron por nuestras aulas.

Apóstol de la Verdad, no descendió nunca a mezquindades, ni silenció jamás nombres ni hechos.

Su cristianismo, porque era verdadero, fué sacrificado y heroico y allí reside su más grande gloria: En su heroísmo. Prefería ser rodeado por las puntas agudas de la antipatía, antes que claudicar de sus principios para vivir con tranquilidad.

Tuvo la verdadera vocación al sacrificio, porque el cristianismo no es un ideal abstracto, y porque aquí abajo el Amor está necesariamente ligado con la lucha.

"La vida del hombre es milicia" dice la Sagrada Escritura.

Aún lo recordamos cuando hablaba de "La Ciudad de Dios" de San Agustín. Nos parece oírlo con aquella voz potente recomendando la lectura. Todos, decía, deben conocer este libro. Y en ese "todos" estaba comprendido su amor sobrenatural por el prójimo: Católico o hebreo, ateo o creyente, todas eran almas confiadas a su verdad. Y él tenía necesidad de esas almas que eran sus alumnos, almas de estudiantes fuertes.

Uno de los primeros maestros era en la Argentina de hoy el Dr. Carbia, maestro cristiano, maestro de la Verdad que miraba siempre el porvenir de sus alumnos, como la anunciación de una nueva primavera para su patria.

No olvidemos la responsabilidad que nos deja su partida. Mañana seremos profesores de Historia.

Que pueda decirse también de nosotros que fuimos maestros de la Verdad, tan auténtica y valientemente como lo fué el Dr. Carbia que ha muerto sí, "pero lo que amó vive y no morirá más".

María Cristina Domínguez.